



LUNES
13 de marzo de 2023



ISSN 1137-2818 D.L.: PO-475-96

© FARO DE VIGO, S.A.U. Vigo, 2023. Todos los derechos reservados



Manifestación del 8M en una gran ciudad española. Una joven que nunca fue coetánea de los Beatles, ni siquiera de la carrera en solitario de Lennon, y que cuesta pensar que logre apartar de su presupuesto los 100 euros de media que costaba la entrada para ver a Paul McCartney en sus últimas actuaciones en Madrid o Barcelona, marcha junto a un grupo de personas al paso por uno de los puntos de referencia de la marcha. No ha cumplido aún los 30 y corea orgullosa las consignas que todos secundamos durante varias horas de comunión con la causa feminista. Su pelo es una mezcla de color natural y un tinte malva aplicado *ad hoc*. Porta una gran bolsa de tela colgada en bandolera en la que puede leerse *Asociación Guipuzcoana de Amigas de Yoko Ono*. “La frase no es mía, eh, pero me encantó”, arguye cuando le pido permiso para tomar una fotografía. La asociación existe. Nació en 2007 y de ella han nacido iniciativas artísticas más que prometedoras.

Medio siglo después de la separación de los *fab four* de Liverpool, surge una generación que, amando probablemente el repertorio de los Beatles, ha dejado de odiar a Yoko, lo que para cualquier melómano es, sin duda, un punto de inflexión más allá del #MeToo. El feminismo reivindica a Yoko, la redención de Yoko Ono, Yoko Ono redimida, Yoko Ono reconstruida (o deconstruida). Titulen este artículo como mejor consideren, a gusto del lector. *Like* si están de acuerdo, retuit si tienen en consideración la injusticia cometi-

Limón & vinagre



JORGE FAURÓ



Todos somos Yoko Ono

del grupo. Faltaba por publicarse aún *Let it be*, que saldría en mayo de ese final de década. De entre las múltiples causas del divorcio más traumático del rock and roll (la muerte del mánager Brian Epstein y el consiguiente desbarajuste financiero y legal, los egos del principal dúo compositor, sus diferencias artísticas, la ausencia de actuaciones en directo, etcétera), la que ha calado en el imaginario universal de la infamia es la presencia omnimoda de Yoko, no solo en la vida de John Lennon, sino en el trayecto final de la banda hacia su desintegración. Reacios a que las novias o esposas acudieran a las minuciosas sesiones de grabación del grupo, Yoko Ono aparece en todos los documentos audiovi-

grabada durante las sesiones de Abbey Road y que aparece acompañando el single *Old Brown Shoe*, una pieza de Harrison, rompe la barrera de los personalismos del cuarteto: *The ballad of John and Yoko*.

Culpable de todo

Mujer, de origen asiático y siete años mayor que Lennon. Machismo, racismo y edadismo. La historia no ha tenido piedad con Yoko Ono, en cuya defensa sale cargado de razones el movimiento feminista. A diferencia de Linda McCartney, Pattie Boyd o Maureen Starkey, mujeres de los otros tres miembros del cuarteto en el año de la separación, la artista japonesa ha deambulado por el tiempo como eterna culpable. Culpable de todo, hasta de dejar a los Rolling Stones como únicos acreedores del cetro del rock and roll. Es muy probable que sus presuntos delitos arrastren el agravante de sus peculiaridades como artista. El último álbum de John Lennon, aquel *Double fantasy* que autografió a Mark David Chapman antes de que este le descerrajara cinco disparos a las puertas del Dakota, incluye varias composiciones de la japonesa. A decir verdad, canciones irritantes e infames que empañan el magnífico testamento de Lennon.

“Mil cosas se podrán decir, pero la verdad solo la conocen cuatro”, sentenció Paul McCartney años después de la ruptura de la banda. Una vez redimida, si aceptamos que Yoko fue la responsable de aquel *rockicidio*, asumamos también que sin ella, Lennon jamás habría compuesto *Jealous Guy*, *Woman*, *Just like (starting over)* o, sin ir más lejos, *Imagine*. Quizá les suenen.



La cantante y artista conceptual Yoko Ono.
// Reuters

da a lo largo de décadas con la artista conceptual y cantante –con la mujer, en definitiva– que durante cinco décadas ha cargado con la culpa de la separación de la mayor conjunción de compositores de la cultura pop de la historia. *La culpa*

de todo la tiene Yoko Ono, cantaba el grupo vigués-madrileño Def Con Dos. El pasado 18 de febrero, la viuda negra cumplió 90 años.

Paul McCartney anunciaba el 10 de abril de 1970 su salida de los Beatles y, por tanto, la disolución

suales de los registros de *Let it be*. Incluso, se permite alguna sugerencia de instrumentación a los compositores del *Sergeant Pepper's* o el *White Album*. Sacrilegio. Hasta una canción de 1969 registrada oficialmente en el haber de los Beatles,

El aviso de vigilar para que los árboles no te impidan ver el bosque es una de esas frases que se remontan casi al origen de los tiempos. Y que sitúan a la sabiduría popular en primera división. Porque la semana del 8M, por ejemplo, ha sido un ejercicio constante de apartar árboles en busca del bosque perdido. Resultaría tentador apelar a fenómenos paranormales para explicar cómo a una fecha que ha sido bandera histórica de la izquierda y del feminismo, tanto la izquierda como el feminismo han llegado encabritados en peleas intestinas con la saña que solo destilan las riñas familiares. Pero me te-

mo que la explicación es bastante más prosaica. Creo que para detectar incompetencia, dogmatismo, soberbia o cerrazón no es necesario apelar a los espíritus: salta a la vista. Y conecta con un fenómeno muy contemporáneo, que es el desprecio por el debate.

Lo que hemos visto estos días en el Parlamento, en los medios, en la calle... no ha sido un debate sino una escalada de insultos y descalificaciones, a golpe de tuit y a base de con-

En busca del bosque perdido

Carles Francino



“Discutir, discrepar, debatir, eso no es problema. El problema es hacer el ridículo”

signas. Que hayan volado alegremente palabras como fascista o traidor cuando en lo básico, que es la defensa de los derechos de las mujeres, existe un acuerdo indiscutible, da una medida del disparate. Dicho todo lo cual, veamos el bosque. El feminismo continúa avanzando y aunque el secretario general de la ONU admita que pasarán tres siglos antes de conseguir la igualdad real entre hombres y mujeres, es obvio que el panorama ha mejorado. Y sus deba-

tes internos no son muy distintos a los que sacuden a cualquier otro movimiento social. Discutir, discrepar, debatir, eso no es problema. El problema es hacer el ridículo, dar munición al adversario y apuñalarse. Porque eso siempre deja heridas. Así que la moraleja podemos buscarla también en la sabiduría popular: “Aunque los problemas puedan venir de fuera, las soluciones siempre se encuentran dentro”. O “el exceso de virtudes puede ser un defecto, pero el exceso de defectos nunca será una virtud”. (Estos aforismos los he cogido prestados del libro *Mis mejores pensamientos*, de Antoni Bolinches. Maravilloso...).